

que quieren llevar los negocios del pueblo, á fin de engordarse con la sustancia del pueblo.

Sois incapaces, dicen, de comprender vuestros intereses, y dicho esto, no os permitirán disponer de lo que es vuestro para un objeto que juzguéis útil; sino que dispondrán ellos de ello, mal vuestro grado, para otro objeto que os desagrade ó repugne.

Sois incapaces de administrar una pequeña propiedad común, incapaces de saber lo que os conviene, de conocer vuestras necesidades y de remediarlas; y esto dicho, os enviarán hombres bien pagados, á expensas vuestras, que dirigirán vuestros negocios á su albedrío, os impedirán que hagáis lo que queráis hacer, y os obligarán á hacer lo que no queráis.

Sois incapaces de discernir qué género de educación os conviene dar á vuestros hijos: y por cariño á vuestros hijos los lanzarán en sentinas de impiedad y de malas costumbres, á no que preferáis que vivan desnudos de toda instrucción.

Sois incapaces de juzgar si podéis, vosotros y vuestras familias, subsistir con el salario que os señalan por vuestro trabajo; y bajo severas leyes se os prohibirá concertaros para obtener un aumento en ese salario para que podáis vivir vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos.

Si esto que dice esa raza hipócrita y codiciosa fuese verdad, seríais por cierto inferior con mucho al bruto, porque el bruto sabe cuanto de vosotros afirman que no sabéis, y bástale para saberlo el instinto.

Dios no os ha criado para que seáis rebaño de algunos otros hombres. Antes os ha hecho para vivir libremente como hermanos en sociedad. Un hermano nada tiene que mandar á su hermano. Los hermanos se unen entre sí con mutuos convenios, y esos convenios son la ley, y la ley debe de ser acatada, y todos deben unirse para impedir que la violen, porque ella es salvaguardia de todos, voluntad é interés de todos.

Sed hombres: ninguno es poderoso bastante para uncirlos al yugo mal vuestro grado; pero vosotros podéis sujetar el cuello á la argolla, si queréis.

Hay animales estúpidos, á los cuales se encierra en establos, que son criados para el trabajo, y cebados en su vejez para ser sus carnes comidas.

Otros hay que viven en el campo á su libertad, que nadie puede doblegar á la servidumbre, que no se dejan seducir con pérdidas cari-

cias, ni vencer con amenazas y malos tratos.

Los hombres animosos parécense á éstos; son los cobardes como los primeros.

## XXII

Comprended cómo se puede ser libre.

Para ser libre es preciso empezar por amar á Dios, porque si amáis á Dios, haréis su voluntad; y la voluntad de Dios es la justicia y la caridad, sin las cuales no se da libertad.

Cuando con violencia ó con arteria se toma lo que es de otro; cuando se le vulnera en su persona; cuando en cosa lícita se le impide obrar conforme á su gusto, ó se le fuerza á obrar en contra de él; cuando en cualquier manera se viola su derecho, ¿qué es esto? Una injusticia. La injusticia es pues quien destruye la libertad.

Si cada cual se amase á sí solo, y no amase más que á sí, sin acudir al socorro de los demás, veríase á veces el pobre obligado á robar lo ajeno para vivir y sustentar á los suyos, sería el débil oprimido por el fuerte, y éste por otro más fuerte todavía; reinaría la injusticia en todas partes. La caridad es pues quien conserva la libertad.

Amad á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á vosotros mismos, y desaparecerá la servidumbre de la faz de la tierra.

Sabed con todo que los que se aprovechan de la servidumbre de sus hermanos, pondrán en juego los medios todos de prolongarla. Así emplearán la fuerza como la mentira.

Dirán que el dominio arbitrario de algunos y la esclavitud de los demás es el orden establecido por Dios; y á fin de conservar la tiranía, no temerán blasfemar contra la Providencia.

Respondedles que el Dios de ellos es Satanás, el enemigo del género humano, y el vuestro es el que ha vencido á Satanás.

Soltarán después contra vosotros sus satélites, levantarán cárceles sin número para encerrarlos, os perseguirán con el hierro y con el fuego, os atormentarán y derramarán vuestra sangre como el agua de las fuentes.

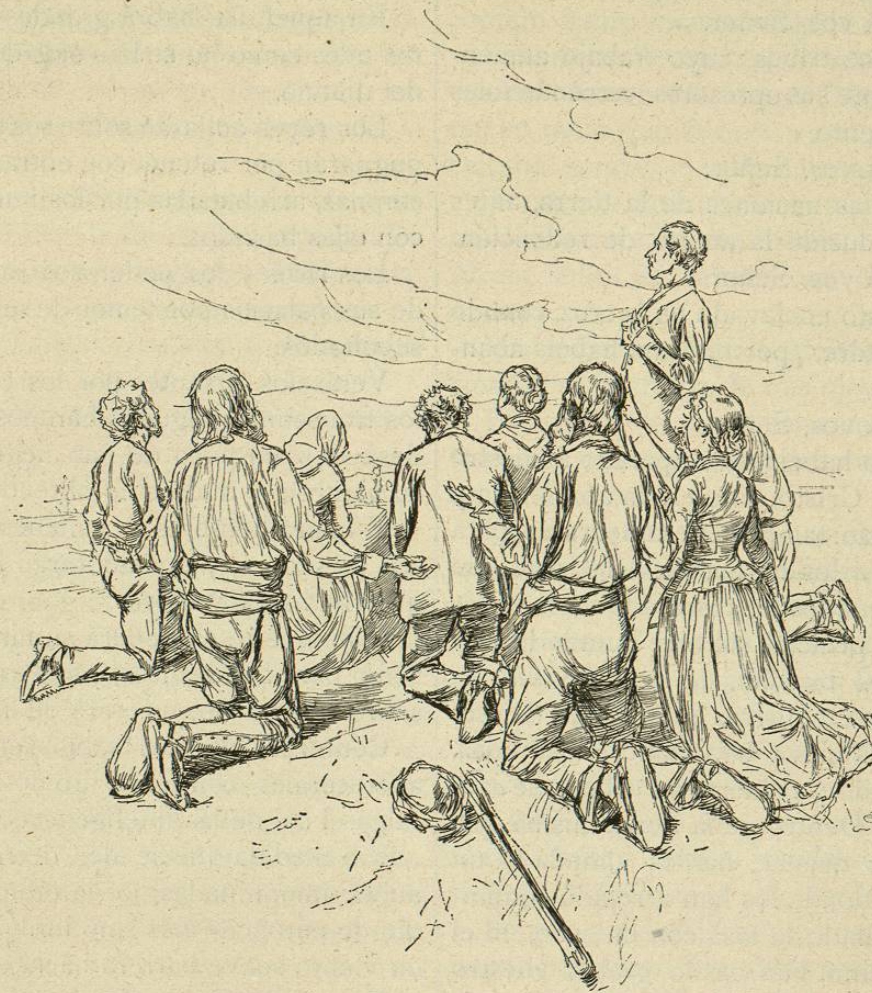
Ahora bien, si no estáis resueltos á pelear sin descanso, á soportarlo todo sin doblaros, á no cansaros jamás, y á no ceder en la vida, conservad vuestras cadenas, y renunciad á una libertad de que sois indignos.

La libertad es como el reino de Dios; sufre violencia, y los violentos la arrebatan.

Y la violencia que os ha de poner en pose-

sión de la libertad, no es la violencia feroz de los ladrones y salteadores, la injusticia, la venganza, la crueldad, sino una voluntad fuerte, inflexible, un valor sereno y generoso.

La causa más santa tórnase causa impía y execrable cuando se emplea el crimen para sostenerla. Puede el hombre criminal pasar de esclavo á tirano; nunca, empero, será libre.



## XXIII

Señor, nosotros recurrimos á vos desde el abismo de nuestra miseria.

Como los animales, que no tienen que dar á sus pequeños,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la oveja á quien robaron su cordero,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la paloma sorprendida por el sacre,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el gamo entre las garras del tigre,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el toro vencido del cansancio y ensangrentado por el arpón,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el pájaro herido y perseguido por el perro,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la golondrina rendida á la fatiga al cruzar los mares, y palpitante sobre las olas,

Recurrimos á vos, Señor.

Como viajeros extraviados en un desierto abrasado y sin agua,

Recurrimos á vos, Señor.

Como náufragos en playa estéril,

Recurrimos á vos, Señor.

Como aquel que, cerrada ya la noche, encuentra junto á un cementerio un espectro repugnante,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el padre á quien le arrebatan el pedazo de pan que llevaba á sus hijos hambrientos,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el preso, á quien injusto poderoso lanzó en calabozo húmedo y sombrío,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el esclavo destrozado por el azote del amo,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el inocente arrastrado al cadalso,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el pueblo de Israel en la tierra de esclavitud,

Recurrimos á vos, Señor.

Como los descendientes de Jacob, cuyos primogénitos ahogaba el rey de Egipto en el Nilo.

Recurrimos á vos, Señor.

Como las doce tribus, cuyo trabajo aumentaban diariamente sus opresores, cercenándoles á la vez el alimento,

Recurrimos á vos, Señor.

Como todas las naciones de la tierra, antes de que hubiese lucido la aurora de redención,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el Cristo enclavado en la cruz, cuando dijo: Padre, Padre, ¿por qué me habéis abandonado?

Recurrimos á vos, Señor.

Señor, vos no habéis desamparado á vuestro hijo. á vuestro Cristo, sino en la apariencia y por breve espacio: tampoco desampararéis para siempre jamás á los hermanos del Cristo. Su divina sangre, que los ha rescatado de la esclavitud en que el príncipe de este mundo los tenía, los redimirá también de la esclavitud en que los tienen los ministros del príncipe de este mundo. Ved sus pies y sus manos taladradas, abierto su costado y cubierta su cabeza de sangrientas llagas. Dentro de la tierra misma que en herencia les dejaste, hanles ahondado un vasto sepulcro, donde los han arrojado confundidos, y han sellado la losa con un sello, en el cual, por sarcasmo, han osado grabar vuestro santo nombre. Y allí paran, Señor, yacientes, empero no para siempre. Tres días más, y romperá el sello sacrilego, y será la losa quebrantada, y los que duermen se despertarán, y el reino del Cristo, que es todo justicia y caridad, y paz y alegría en el Espíritu Santo, comenzará. Así sea.

## XXIV

Cuanto en el mundo sucede lleva por delante una señal precursora.

Antes de que salga un sol, tiñese el horizonte en mil tintas, y parece el Oriente un mar de fuego.

Antes de que estalle la tormenta, óyese en la playa un rumor sordo, agítanse las olas como por sí mismas.

Los innumerables pensamientos diversos que se cruzan y confunden en el horizonte del mundo espiritual, son la señal precursora que anuncia la próxima salida del sol de las inteligencias.

El murmullo confuso, y el desasosiego interior de los pueblos conmovidos, son la señal precursora de la tormenta que en breve ha de pasar sobre las naciones trémulas.

Preparaos, porque los tiempos se acercan.

En aquel día, habrá grandes terrores, y gritos talés como no se han oído desde los tiempos del diluvio.

Los reyes aullarán sobre sus tronos; en balde pugarán por retener con entrambas manos sus coronas, arrebatadas por los huracanes, y serán con ellas barridos.

Los ricos y los poderosos saldrán desnudos de sus palacios por temor de ser bajo sus ruinas sepultados.

Veráseles, errantes por los caminos, pedir á los transeuntes algunos harapos para cubrir su desnudez, un poco de pan negro para aplacar su hambre, y dudo si lo obtendrán.

Y habrá hombres de quienes se apoderará la sed de sangre, y que adorarán la muerte, y que querrán hacerla adorar.

Y la muerte extenderá su mano de esqueleto como para bendecirlos, y bajará esa bendición sobre su corazón, y cesará de latir.

Conturbaránse los sabios en su ciencia, y aparecerán como un átomo negro, cuando salga el sol de las inteligencias.

Y á medida que se alce, derretirá su calor las nubes amontonadas por la tempestad, y no serán de entonces más sino un ligero vapor, que un viento suave barrerá hacia el Poniente.

Nunca habrá estado el cielo tan sereno, ni tan verde la tierra y tan fecunda.

Y en vez del débil crepúsculo, que llamamos día, una luz viva y pura se irradiará de lo alto como reflejo de la faz de Dios.

Y miraránse los hombres á esta luz, y dirán: No nos conocíamos á nosotros, ni conocíamos á los demás: no sabíamos lo que era el hombre. Ahora lo sabemos.

Y cada uno se amará á sí propio en su hermano, y tendrá á dicha servirle; y no habrá pequeños, ni habrá grandes, á causa del amor, que lo iguala todo, y las familias todas no serán más que una familia, ni las naciones todas sino una nación.

He aquí el sentido de las letras misteriosas que los ciegos judíos sobrepusieron á la cruz del Cristo.

## XXV

Era una noche de invierno. Silbaba el viento fuera, y blanqueaba la nieve los tejados.

Debajo de uno de esos tejados, en vivienda estrecha, se veían sentados, haciendo labor de manos, una mujer con cabellos blancos, y una muchacha.

Y de vez en cuando calentaba la anciana á su mezquino brasero sus manos descoloridas. Una lámpara de barro alumbraba la pobre estancia, y un rayo de la lámpara iba á morir en una imagen de la Virgen, pendiente de la pared.

Y la inocente muchacha, alzando los ojos, contempló silenciosa un breve instante la mujer de los cabellos blancos, y luego dijo: Madre mía, no habéis vivido siempre en este abandono.

Y había en su voz suavidad y ternura inexplicables.

Y la mujer de los cabellos blancos respondió: Hija mía, Dios es árbitro; lo que hace, bien hecho está.

Dichas estas palabras, calló por breve espacio, y repuso en seguida:

Cuando perdí á tu padre sentí un dolor que creí sin consuelo: tú con todo me quedabas; pero entonces sólo en él pensaba.

Después he pensado que si hubiera vivido, y nos hubiera visto en tal penuria, su alma se hubiera despedazado; y he conocido que Dios había sido misericordioso para con él.

La inocente muchacha no respondió nada, pero inclinó la cabeza, y algunas lágrimas, que procuraba ocultar, cayeron sobre el retazo que en las manos tenía.

La madre añadió: Dios que ha sido misericordioso con él, lo ha sido también con nosotros. ¿Qué nos ha faltado, en tanto que á otros les falta todo?

Fuerza ha sido en verdad acostumbrarnos á poco, y aun eso poco granjearlo con nuestro trabajo; pero eso poco, ¿no basta? ¿y no se han visto todos desde el principio condenados á vivir de su trabajo?

Dios, en su bondad, nos ha dado el pan de cada día; ¿y cuántos carecen de él? un albergue; ¿y cuántos no saben dónde albergarse?

Me ha dado, además, á tí; ¿de qué puedo quejarme?

Oídas estas últimas palabras, la inocente, conmovida, cayó á los pies de su madre, tomóle las manos, las besó, é inclinóse llorando sobre su regazo.

Y la madre, esforzando la voz, como más pudo: Hija mía, no está la dicha en poseer mucho, sino en esperar y amar mucho.

Nuestra esperanza no está aquí abajo, ni

nuestro amor tampoco; ó si está es sólo de paso.

Después de Dios, tú lo eres todo para mí en este mundo, pero este mundo se desvanece como un sueño, y por eso se sublima mi amor contigo á otro mundo mejor.

Cuando te llevaba en mi seno, rogué un día con más fervor á la Virgen María, y aparecióme en tanto que dormía, y me parecía que con celestial sonrisa me presentaba una criatura.

Y cogí la criatura que me presentaba, y cuando la tuve en mis brazos, colocó la Virgen María sobre su cabeza una corona de rosas blancas.

Pocos meses después naciste, y la dulce visión no se apartaba de mis ojos.

Diciendo esto, la anciana encanecida se estremeció, y estrechó, contra su corazón á la inocente muchacha.

De allí á poco tiempo una alma bienaventurada vió dos figuras luminosas remontarse al cielo; un coro de ángeles las acompañaba, y vibraban en el aire los cánticos de alegría.

## XXVI

Lo que vuestros ojos ven, lo que tocan vuestras manos no son sino sombras, y el sonido que hiere vuestro oído no es sino un eco grosero de la voz interior y misteriosa que adora y ruega y gime en el seno de la creación.

Porque toda criatura gime, toda criatura pugna por nacer á la vida verdadera, por pasar de las tinieblas á la luz, de la región de las apariencias á la de las realidades.

Ese sol brillante, tan hermoso, no es sino el ropaje, el emblema oscuro del verdadero sol, que alumbraba y vivifica las almas.

Esta tierra, tan rica y verdecida, no es sino la pálida mortaja de la naturaleza; porque la naturaleza, también degenerada, ha bajado al sepulcro, como el hombre, pero como él para renacer.

Debajo de esa densa vestimenta del cuerpo, semejáis á un viajero, que en su tienda de campaña, y ya cerrada la noche, ve, ó cree ver pasar fantasmas.

El mundo real está velado para vosotros. El que se recoge dentro de sí mismo le entrevé como á lo lejos. Secretas influencias que duermen dentro de él dispiértanse un momento, sollevantan una punta del velo que el tiempo tiene con su mano rugosa, y encuéntrase su vista interior absorta en las maravillas que contempla.

Vosotros estáis también en la orilla del Océano de los seres; no penetráis, empero, sus honduras. Camináis á la caída de la tarde á orillas del mar, y sólo divisáis un poco de espuma, que arrojan las oleadas en la playa.

¿Con qué otra cosa os compararé?

Sois como la criatura en el seno de la madre, que espera la hora del nacimiento: como el insecto alado en el gusano reptil, anhelando salir de esta cárcel terrenal, para tomar vuestro vuelo hacia el Empíreo.

## XXVII

¿Quién se apiñaba al rededor del Cristo para oír su palabra? El pueblo.

¿Quién le seguía en la montaña y en los sitios desiertos para escuchar sus lecciones? El pueblo.

¿Quién quería elegirle por rey? El pueblo.

¿Quién extendía sus vestiduras y arrojaba palmas delante de él, gritando Hossanna, á la sazón de su entrada en Jerusalén? El pueblo.

¿Quién se escandalizaba á causa de los enfermos que curaba el día del sábado? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le interrogaba insidiosamente y le tendía lazos para perderle? Los escribas y los fariseos.

¿Quién decía de él: Está poseído? ¿Quién le llamaba hombre de gula, y amante de la buena vida? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le trataba de sedicioso y blasfemo? ¿quiénes se coligaron para darle muerte? ¿quién le crucificó en el Calvario, entre dos salteadores de caminos?

Los escribas y los fariseos, los doctores de la ley, el rey Herodes y sus cortesanos, el gobernador romano y los príncipes de los sacerdotes.

Su astucia hipócrita engañó al mismo pueblo. Moviéronle á pedir la muerte de aquel que le había alimentado en el desierto con siete panes, que devolvía la salud á los enfermos, la vista á los ciegos, el oído á los sordos, y el uso de sus miembros á los paralíticos.

Pero Jesús, viendo que habían seducido á aquel pueblo como la serpiente sedujo á la mujer, rogó á su Padre, diciendo: Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Y sin embargo, diez y ocho siglos han pasado, y el Padre no los ha perdonado todavía, y arrastran su suplicio por la redondez de la tierra, y por todas partes el esclavo tiene que baxarse para verlos.

La misericordia del Cristo no reconoce excepción. Ha venido al mundo para salvar, no á algunos hombres, sino á los hombres todos; para cada uno de ellos ha tenido una gota de sangre.

Pero especialmente amaba con amor de predilección á los pequeños, á los débiles, á los humildes, á los pobres, á aquellos que sufren.

Latía su corazón sobre el corazón del pueblo, y el corazón del pueblo latía sobre el suyo.

Y allí es, sobre el corazón del Cristo, donde los pobres enfermos se reaniman, y donde los pueblos oprimidos reciben fuerza y valor para emanciparse.

¡Ay de aquellos que se alejan de él y que le niegan! Su miseria es irremediable y eterna su servidumbre.

## XXVIII

Tiempos se han visto en que el hombre creía ofrecer á Dios un sacrificio agradable, degollando al hombre cuyas creencias diferían de las suyas.

Mirad con horror esos homicidios execrables.

¿De qué suerte pudiera la muerte del hombre agradar á Dios, que ha dicho al hombre: No matarás?

Cuando la sangre del hombre corre sobre la tierra, como ofrenda al Señor, acuden los espíritus infernales á beberla, y éntranse en aquel que la ha derramado.

Comiézase sólo á perseguir cuando se pierde la esperanza de convencer; y quien desespera de convencer, ó blasfema en su interior el poder de la verdad, ó carece él mismo de confianza en la verdad de las doctrinas que anuncia.

¿Qué insania mayor que decir á los hombres: Creed ó morid?

La fe es hija del Verbo: penetra en los corazones con la palabra, y no con el puñal.

Jesús pasó haciendo bien, cautivando con la bondad, y moviendo con su dulzura las almas más empedernidas.

Sus labios divinos bendecían, y no maldecían sino á los hipócritas. No escogió, empero, verdugos para apóstoles.

Decía á los suyos: Dejad que crezcan juntos hasta la siega el bueno y el mal grano: el padre de familia los separará en la era.

Y á aquellos que le querían obligar á hacer descender el fuego del cielo sobre una ciudad

incrédula: Vosotros no sabéis cuál espíritu es el vuestro.

El espíritu de Jesús es espíritu de paz, de misericordia y de amor.

Los que en su nombre persiguen, los que escrutan las conciencias con la espada, los que atormentan el cuerpo para convertir el alma, los que provocan las lágrimas en vez de enjugarlas, esos todos no participan del espíritu de Jesús.

¡Ay del que profana el Evangelio, tornándolo para los hombres objeto de terror! ¡ay del que escribe la nueva feliz sobre hoja ensangrentada!

Acordaos de las catacumbas.

En aquel tiempo os arrastraban al cadalso, os arrojaban á las fieras en el anfiteatro para servir de solaz al populacho, os lanzaban por miles en el fondo de las minas y en las cárceles, os confiscaban vuestros bienes, os hollaban con los pies como lodo de las plazas públicas; y para celebrar vuestros misterios proscritos no teníais más asilo que las entrañas de la tierra.

¿Qué decían vuestros perseguidores? Decían que propalabais doctrinas peligrosas; que vuestra secta, cual la llamaban, alteraba el orden y la paz pública; que, violadores de las leyes y del género humano, conmovíais el imperio al conmover la religión del imperio.

Y en tanta penuria, bajo opresión tanta, ¿qué pedíais? Libertad. Reclamabais el derecho de no obedecer sino á Dios, de servirle y de adorarle según vuestra conciencia.

Aunque se engañen en su fe, cuando reclamen otros de vosotros ese derecho sagrado, respetadlo en ellos, bien así como queríais que le respetasen en vosotros los paganos.

Respetadlo para no manchar al menos la memoria de vuestros confesores, para no profanar siquiera las cenizas de vuestros mártires.

La persecución tiene dos filos; así hiera á la derecha como á la izquierda.

Si olvidareis las lecciones del Cristo, acordaos al menos de las catacumbas.

## XXIX

Conservad con esmero en vuestras almas la justicia y la caridad; ellas serán vuestra salvaguardia, ellas lanzarán de entre vosotros las discordias y las disensiones.

Lo que produce las discordias y las disensiones, lo que engendra los litigios que escan-

dalizan á los buenos y arruinan las familias, es más que nada el sórdido interés, la insaciable codicia de adquirir y poseer.

Trabajad, pues, sin cesar en vencer esa codicia que el enemigo malo excita de continuo dentro de vosotros.

¿Qué os llevaréis de todas esas riquezas que hayáis acumulado por buenas y por malas vías? Poco le basta al hombre que tan poco vive.

Otra causa de interminables disensiones son las malas leyes.

Y sin embargo apenas hay leyes buenas en el mundo.

¿Qué otra ley necesita quien profesa la ley de Cristo?

La ley del Cristo es clara, es santa, y no hay nadie que, conservando esta ley en su corazón, no pueda juzgarse á sí mismo fácilmente.

Escuchad lo que me ha sido dicho:

Si los hijos del Cristo tienen altercados entre sí, no deben llevarlos ante los tribunales de los que oprimen la tierra y la corrompen.

¿No hay ancianos entre ellos? ¿Y esos ancianos no son sus padres, conocedores de la justicia y amantes de ella?

Vayan, pues, y busquen uno de esos ancianos, y díganle: Padre mío, no hemos podido concertarnos mi hermano y yo; os rogamos que nos juzguéis.

Y escuchará el anciano las quejas de entrambos, y juzgará entre ellos, y ya juzgados los bendecirá.

Y si se avienen á este juicio, permanecerá sobre ellos la bendición; de no, tornará al anciano, que habrá juzgado en justicia.

Nada hay imposible para los que viven unidos, así para el bien, como para el mal. El día por tanto en que os unáis será el día de vuestra redención.

Cuando los hijos de Israel yacían oprimidos en la tierra de Egipto, si cada uno de ellos, olvidando á sus hermanos, hubiera intentado salir solo, ni uno hubiera escapado; salieron, empero, todos juntos, y nadie los detuvo.

Vosotros estáis también en la tierra de Egipto, encorvados bajo el cetro de Faraón, y bajo el azote de sus cómitres. Recurrid, pues, al Señor, Dios vuestro, levantaos después y salid juntos.

## XXX

Cuando se hubo amortiguado la caridad, y cuando hubo empezado á crecer la injusticia